

al glorioso título de fundador de ciudades con que le manifestaron los Griegos su reconocimiento (1). El sacerdocio estaba interesado en extender la influencia del dios nacional de los Helenos, porque las colonias enviadas bajo la influencia de su autoridad constituían otras tantas ciudades filiales que reconocían su supremacía religiosa. Al mismo tiempo que se extendía por todas partes el culto de Apolo, los sacerdotes que le servían hacían su negocio: los colonos enviaban al santuario el diezmo de sus productos, ó su valor en dinero, al cual designaban con el nombre de *Agosto de oro*. Había también colonias emanadas directamente de Delfos. Los sacerdotes de Apolo tenían algo de aquel espíritu de proselitismo que se observa principalmente en las teocracias. Las donaciones, el diezmo de los vencidos consagrado al dios, y aún la servidumbre voluntaria, poblaron las vastas posesiones de los templos con un gran número de hierodulos (2). Cuando la población llegaba á ser demasiado considerable, los sacerdotes enviaban colonias al extranjero (3). Las colonias religiosas tenían un carácter particular; tenían la obligación de conceder hospitalidad á los habitantes de Delfos y aún á todos los viajeros (4). Estos piadosos deberes recuerdan la beneficencia practicada por los monjes que el cristianismo extendió en la Edad Media por toda Europa.

(1) BROUWER., *ib.*, p. 146, nota 77.—CALLIMACH., *Hymn. in Apoll.*, 55 y sig. De aquí vienen los epítetos de: ἀρχηγέτης, οἰκιστής, δωματίτης.

(2) HERMANN, *Griech. Staatsalt.*, t. II, § 20.

(3) MÜLLER, *Die Dorer*, t. I, p. 259-263.

(4) ATHEN., IV, 74.

CAPITULO II.

LAS COLONIAS.

§ I.—De las causas que provocaron la colonización.

De todos los pueblos de la antigüedad, los Griegos son los que han fundado mayor número de colonias; la Europa, el África y el Asia conservan aún hoy restos de sus establecimientos. ¿A qué causas debe atribuirse esta brillante extensión de la nacionalidad helénica? Isócrates dice que los Atenieses, al enviar colonias á países extranjeros, se propusieron hacer conocer entre las naciones remotas el nombre y la gloria del pueblo que las había enviado (1). Lo que el orador decía en elogio de sus compatriotas es aplicable á todos los Helenos, considerando la propagación de la civilización griega, no como el fin que se proponían los colonos, sino como la misión que les confiaba la Providencia. Si se consideran las causas inmediatas que provocaron la colonización, se verá que aquel movimiento tan provechoso para la humanidad se realizó á costa de los sufrimientos de las generaciones que lo llevaron á cabo. La ilusión, que ha hecho mirar á través de un prisma muy favorable la vida de la Grecia, ha influido también sobre la idea que se había formado de sus establecimientos coloniales. Según Montesquieu, si los Griegos colonizaron incesantemente es porque, encontrándose con un territorio pequeño y con una gran felicidad, el número de los ciudadanos aumentaba y era una carga para

(1) ISOCRAT., *Paneg.*, § 9; *Panath.*, § 26.

las repúblicas (1). Dista mucho la historia de confirmar este cuadro ideal; no fué el exceso de felicidad lo que impulsó á los Griegos á buscar nueva patria en una tierra extranjera; fueron las desgracias de la conquista y las disensiones interiores de las ciudades (2).

Si hemos de creer la tradicion, el origen de la colonizacion se remonta hasta la edad mitológica. Las expediciones de Baco y de Hércules no son más que un símbolo del genio expansivo de la raza helénica. Hay un principio de verdad histórica en las emigraciones que se refieren á la época de la guerra de Troya, las cuales tienen todavía más verdad moral. Tucídides y Platon dicen que durante la larga ausencia de los héroes se habian creado en su patria nuevos intereses; que á su vuelta, en lugar de ser bien recibidos, encontraron generalmente ódio y oposicion, y que, víctimas de los disturbios domésticos, unos perecieron y otros se fueron á fundar colonias en países lejanos (3). Así, pues, la misma tradicion nacional señalaba como causa de las primeras emigraciones las guerras, las revoluciones y las desgracias que éstas originan. No seguiremos las aventuras de aquellos colonos que, segun dice Estrabon, se extendieron por toda la tierra (4). La mayor parte de sus colonias son fabulosas. Sin embargo, la larga permanencia de los Griegos en las costas de Asia debió dejar profunda impresion en los espíritus; las narraciones de los guerreros, embellecidas por la ficcion, dieron á aquellos países un atractivo que determinó la direccion de los emigrantes, cuando la invasion dorica obligó á los antiguos habitantes á buscar nueva patria (5). En el siglo XII ántes de nuestra era hubo en Grecia un inmenso movimiento de poblaciones. Cuando los Dorios invadieron el Peloponeso, los vencidos prefirieron la expatriacion á la servidum-

(1) *Espíritu de las leyes*, XXIII, 17.

(2) Ha habido tambien colonias comerciales: tales fueron los numerosos establecimientos fundados por Mileto. Pero no es el comercio quien dió el primer impulso á la emigracion. Bajo este aspecto la colonizacion antigua difiere esencialmente de la de los pueblos modernos; en ésta domina el elemento comercial; en la primera es secundario. Véase á HEINE, *De veterum coloniarum jure* (*Opusc., académ.*, t. I, p. 299).

(3) THUCYD., I, 12.—SCHOEMANN, *Antiquitates*, p. 414.

(4) STRAB., I, p. 33.

(5) HEEREN, *Griechenland*, Sec. V, p. 122.

bre; los vencedores mismos se vieron arrastrados en este movimiento general. Aquella dispersion de los Griegos ha sido comparada con la gran invasion de los Bárbaros (1). Indudablemente las pequeñas tribus helénicas son insignificantes en comparacion de las masas de los pueblos germánicos; pero la influencia que tuvo la emigracion sobre el desarrollo de la civilizacion fué tan poderosa como la regeneracion social que siguió á la invasion de los pueblos del Norte.

La emigracion jonia dejó á los conquistadores dorios en posesion pacífica de la madre patria. Durante varios siglos la Grecia estuvo ocupada en constituirse; los diversos estados tomaron formas regulares, la monarquía cedió su puesto á la aristocracia. Pero el espíritu de division, innato en los Griegos, produjo hácia el siglo VIII violentas conmociones en el interior de las ciudades. Entónces empezó la larga lucha de los partidos, que no habia de terminar mientras durase la Grecia; las victorias alternativas de los ricos y de los pobres, la opresion de los vencedores ó su política prudente hicieron salir de las ciudades numerosos enjambres de colonos que, bajo la direccion del oráculo de Delfos, marcharon á fundar ciudades en las costas de Sicilia, de Italia y del remoto Occidente. La aficion á las aventuras tuvo parte en estas emigraciones; pero no era ese espíritu caballeresco que se emplea en hechos de armas y en estériles combates; la raza helénica, al desparramarse por las costas extranjeras, llevó consigo la tendencia á constituirse en ciudades, que es uno de sus rasgos característicos. Así, pues, por una providencial compensacion, el espíritu de ciudad, que impidió á los Griegos el formar una nacion grande y fuerte, favoreció su establecimiento en los países extranjeros y la extension de la civilizacion helénica entre los Bárbaros.

(1) WACHSMUTH, *Hellenische Alterth.*, t. I, p. 96.

§ II.—Historia y extension de la colonizacion (1).

I.

Esta propaganda del helenismo empezó por el Oriente. Los primeros emigrantes salieron de la Beocia; eran los descendientes de Oréstes que, habiendo perdido el imperio del Peloponeso, fueron en busca de tierras donde pudieran vivir en libertad. La emigracion recibió el nombre de eolia por la variedad de lenguas que hablaban los colonos (2). Fundaron en Asia doce ciudades, una de las cuales, segun se dice, tuvo la gloria de dar nacimiento á Homero; Esmirna figura hoy todavía entre las ciudades importantes del Oriente. El movimiento de pueblos que siguió á la invasion de los Dorios dió tambien origen á la colonizacion jonia; las colonias salieron del Ática, pero se unian á ellas muchas tribus extranjeras, Tebanos, Minios, Focios (3). Los Jonios poblaron varias islas del mar Egeo; en las costas del Asia menor edificaron doce ciudades que alcanzaron pronto gran poder; Mileto se atrevió á desafiar al Gran Rey; sucumbió, pero de sus cenizas nacieron sus vengadores Temístocles, Cimon, Alejandro. La emigracion doria fué la ménos importante; sin embargo, entre las seis ciudades que fundó en las islas y en las costas del Asia, Rodas llegó á ser célebre por su comercio.

Los diversos elementos de la nacionalidad helénica que las colonias del Asia Menor contenian en su seno se desarrollaron con admirable energía. La conquista doria detuvo por un momento el movimiento de la civilizacion en la madre patria, al paso que las colonias, libres y con todo el vigor de una nacionalidad en crecimiento, pudieron moverse y desarrollarse en las costas del Asia con completa libertad. Desde su origen la patria alcanzó en ellas una perfeccion que las generaciones siguientes no han podido

(1) RAOUL-ROCHETTE, *Historia crítica del establecimiento de las colonias griegas*, 4 vol.—HERMANN, *Griech. Staatsalterth.*, §§ 73-90.—SAINTE-CROIX, *Del estado y de la suerte de las colonias*, p. 206-293.

(2) *IBID.*, t. II, p. 448.

(3) *IBID.*, t. III, p. 76.

igualar; el nombre de Homero eclipsa con su gloria á los numerosos poetas que nacieron bajo el cielo privilegiado de la Jonia. Los primeros esfuerzos del pensamiento para comprender á Dios y á la creacion, para buscar la razon de las cosas, tuvieron lugar en el Asia Menor. Tales ha sido saludado por la antigüedad como el iniciador de la filosofía; la humanidad cuenta entre sus nombres más ilustres la gran figura de Pitágoras. La historia nació tambien en las colonias griegas; despues de los ensayos de los logógrafos, Herodoto cantó la lucha heroica de los Helenos contra el Oriente. La pintura y la escultura, que habian de immortalizar á Apéles y á Fídias, produjeron en el Asia Menor sus primeras obras maestras; los órdenes dórico y jónico de la arquitectura recuerdan hoy todavía que los Griegos asiáticos tomaron la iniciativa en el terreno de las artes y legaron al porvenir sus invenciones como modelos. No fueron ménos notables sus progresos en la industria; favorecieron el espíritu comercial, y el comercio fué el medio de que se valió la Providencia para llevar á la Grecia continental y al mundo entero las ventajas de la cultura que habia nacido en las costas de Asia.

Las colonias fueron á su vez centro de nuevas emigraciones. Poseian á orillas del mar un territorio de poca extension, adquirido por medio de la guerra ó de pactos con los indígenas; su debilidad no les permitia pensar en la conquista, y el interes de su comercio los inducia á fundar establecimientos en las costas extranjeras. El Asia, el África y el remoto Occidente fueron visitados por los atrevidos insulares y los Jonios del Asia Menor. La fecundidad de aquellas pepueñas repúblicas es prodigiosa. Estrabon tiene razon al citar las ochenta colonias de Mileto como una cosa maravillosa. Es posible que entre ellas deban contarse las ciudades edificadas por los colonos (1); esto no quita para que el movimiento impreso á las relaciones comerciales por los Griegos asiáticos sea un titulo de gloria para la Grecia. Las colonias milesias rodeaban el Ponto-Euxino y la Propontide. Los Fenicios los habian precedido allí; pero bajo la influencia del genio helénico aquellas comarcas salvajes, tan temidas ántes por los navegantes, se convir-

(1) HULLMANN, *Handelsgeschichte der Griechen*, p. 142.

tieron en playas hospitalarias (1). La Escitia misma (2) vió llegar aquellos infatigables misioneros de la civilización; una de las ciudades fundadas en ella por los Griegos fué ilustrada por los tristes años de destierro que pasó en ella el poeta de los amores. Desterrado Ovidio á los confines del Imperio, se asombró de ver tantas ciudades helénicas en medio de los Bárbaros; todas llegaron á ser poderosas por el comercio, y siguieron siendo centros de civilización hasta los últimos tiempos de la antigüedad (3).

II.

Los Fenicios enviaron á las costas de Africa colonias que por su feliz situación alcanzaron grandes destinos. Pero descuidaron un punto excelente; ¿fué inspiración de una ciencia superior ó fué su buena fortuna la que impulsó á los sacerdotes de Delfos á ordenar al rey de Thera, colonia lacedemonia, la fundación de Cirene? Al principio los habitantes de Thera no hicieron caso de la respuesta del oráculo, porque no sabían donde estaba la Libia. Una prolongada sequía les recordó las órdenes de Apolo; consultáronle nuevamente. La Pitonisa les echó en cara el no haber obedecido sus órdenes; no encontrando otro remedio á sus males, enviaron comisionados á Creta, para que averiguasen si había algún cretense ó algún extranjero que hubiese viajado por Africa. Después de muchas investigaciones encontraron un comerciante á quien los vientos contrarios habían arrojado á una isla de la Libia; mediante una recompensa se decidió á acompañar á los de Thera. Se establecieron primeramente en la isla de Platea; pero el oráculo no estaba satisfecho, y los colonos no prosperaban; entonces se quejaron á Delfos, y la sacerdotisa respondió: «Admiro tu saber; no has estado nunca en la Libia, y crees conocerla mejor que yo que he estado allí.» Cirene fué fundada, gracias á la obstinación de los intérpretes de Apolo (4). La situación de la colonia era

(1) El Ponto llevaba el nombre de *ἄνεμος*; desde la colonización de los Griegos fué calificado de *εὐνεμος*. STRAB., VII, p. 206.

(2) DION. CHRYSOST., *Orat.*, 26.

(3) OVID., *Trist.*, III, 9, 1 y sig.—HEEREN, *Historia antiqua*, p. 188.

(4) HEROD., IV, 150-158.

magnífica, el suelo fértil; la proximidad del mar y del Egipto convidaba á los habitantes á la navegación y al comercio; el interior del Africa se abría á su vista. Los colonos construyeron en la costa nuevas ciudades (1). Una de aquellas colonias tuvo un destino bien extraño; desde su origen Barcea estuvo en lucha con Cirene, y acabó por sucumbir bajo los ataques de ésta unida con los Persas que dominaban á la sazón en Egipto. Los habitantes de Barcea fueron llevados á la Bactriana; el pueblo en que se establecieron, al cual dieron el nombre de su patria, subsistía aún en tiempo de Herodoto (2). De este modo las empresas pacíficas y la guerra contribuyeron igualmente á dispersar á los Griegos por todos los continentes y á difundir por ellos los gérmenes de su civilización.

III.

Si hemos de creer á la tradición, el Occidente recibió ya colonos después de la toma de Troya. El testimonio de Estrabon, que respeta la Odisea como un libro sagrado, no nos parece suficiente para admitir la presencia de Ulises en la Iberia (3). Las colonias de Diomedes y de Teucro nos parecen igualmente inciertas. Si los Griegos se establecieron en España en aquellos remotos tiempos, sus colonias no llevaron á la Grecia el conocimiento de aquella parte del Occidente, porque en el siglo VII la vemos descubierta, por decirlo así, por un navegante de Samos, á quien los vientos contrarios arrojaron sobre sus costas. Los Focios, los más aventureros de los marinos griegos, establecieron relaciones comerciales con Tartesia, y los Rodios fundaron una ciudad á la cual dieron el nombre de su patria (4). Marsella, la célebre colonia focia, sacó partido de aquellos establecimientos para extender su influencia hasta la Iberia; á ella deben atribuirse los rastros de

(1) HEROD., IV, 159 y sig.—RAOUL-ROCHETTE, t. III, 268.

(2) IBID., IV, 204.

(3) RAOUL-ROCHETTE admite la realidad de todas las colonias originadas por la guerra de Troya (t. II, p. 412 y sig.).

(4) HEROD., IV, 152.—RAOUL-ROCHETTE, t. III, p. 404-407.

civilización griega que se encuentran en España. Los Marsellese tuvieron que luchar contra la barbarie de los habitantes, cuya vida en la época de la conquista romana era una vida de bandoleros. El comercio facilitó estas relaciones; la ciudad de Emporium reunió á ambas razas dentro de sus muros. Pero al principio había gran separación entre los Helenos y los Bárbaros; ningún español era recibido en la colonia griega, y los Griegos no se aventuraban á salir fuera de la ciudad sino con precaución y en gran número. Sin embargo, los indígenas hallaban ventaja en cambiar los productos de sus tierras por las mercancías que traían sus industriosos vecinos. Ambos pueblos acabaron por entrar en relaciones más íntimas; los colonos y los Españoles formaron un solo Estado, gobernado por una mezcla de instituciones griegas y bárbaras. Todavía recibió Emporium nuevos habitantes; después de la derrota de los hijos de Pompeyo, César envió allí una colonia romana (1). Así tenía lugar la mezcla de las razas y de las civilizaciones.

Desde el siglo VII los Griegos fundaron establecimientos en las Galias. Las primeras relaciones de los Focios con los Galos tienen algo de novelesco. Un comerciante llamado Eugenio fué amistosamente recibido por el rey de los Segobrigas. El rey casaba á su hija, y los Griegos fueron convidados al festín. Siguiendo la costumbre de los Bárbaros, la jóven entró al final de la comida con un vaso en la mano; aquel á quien se lo presentase era el esposo escogido por ella; detúvose delante de Eugenio y le dió la copa. El jefe galo creyó ver una inspiración divina en la conducta de su hija; aceptó al Focio como yerno y le dió por dote el golfo adonde había arribado (2). Uniéronse á Eugenio otros colonos y fundaron á Marsella. Una emigración en masa, provocada por la conquista persa, aumentó el poder de la colonia. Marsella alcanzó el primer rango entre las ciudades comerciales de la antigüedad. Inspirada por el genio helénico, no se dedicó exclusivamente al comercio; cultivó las letras y las artes con tanto éxito que mereció ser comparada con Atenas (3). La ciudad focia ejerció una poderosa in-

(1) LIV., XXXIV, 9.—STRAB., III, p. 110.

(2) ARISTOT., ap. ATHEN., XIII, 36.—JUSTIN., XLIII, 3.

(3) HEROD., I, 164 y sig.—STRAB., III, p. 125.

fluencia sobre los Galos (1). «Sus costumbres bárbaras, dice un escritor indígena (2), se suavizaron al contacto de los Griegos; renunciaron á sus usos para tomar los de las naciones civilizadas; aprendieron á cultivar la tierra, á podar la vid, á plantar el olivo, á cercar con muros sus ciudades: depusieron las armas para vivir bajo la garantía de las leyes. Fué tal entonces el cambio que tuvo lugar en los hombres y en las cosas que parecía, no ya que la Grecia se había trasladado á la Galia, sino que la Galia había pasado á Grecia.» Los Druidas adoptaron la escritura griega en las transacciones públicas y privadas (3); ahora bien, los signos de una lengua no se comunican sin comunicar los sentimientos que expresan. No queremos hacer de los Griegos los misioneros de la humanidad; los Focios no llevaban más fin que el interés de su tráfico; pero los planes de la Providencia hacen que al mismo tiempo que las mercancías se cambien las ideas. Las colonias fundadas por Marsella en el interior y en las costas de las Galias, de la España y de la Liguria llegaron á ser otros tantos centros del helenismo y de la civilización (4).

La primera colonización de la Sicilia se pareció á un descubrimiento. Durante mucho tiempo las piraterías de los Etruscos y la ferocidad de los indígenas impidieron á los Griegos visitar esta isla. Un naufragio arrojó á sus costas al Ateniese Teocles al principio del siglo VIII; á su regreso propuso á sus conciudadanos enviar allí una colonia. Pero en aquella época estaba aún Atenas concentrada sobre sí misma; no había llegado aún el momento de desplegar su potencia. En vista de la negativa de su patria, Teocles se dirigió á los habitantes de Chalcis en la Eubea. Esta república fué casi tan fecunda en establecimientos coloniales como Mileto. La aristocracia, profundamente arraigada, favorecía las emigraciones de la plebe: los colonos dieron el nombre de Chalci-

(1) WACHSMUTH, *Hell. Alterth.*, t. II, p. 42.—J. VON MÜLLER, *Geschichte der Schweiz*, I, Buch, 2.^{tes} Kap.

(2) TROGO POMPEYO (JUSTIN., XLIII, 7).

(3) CAES., B. G., VI, 14. César encontró registros escritos en letras griegas entre los Helvecios (CAES., B. G., I, 29).—STRAB., III, p. 125.

(4) RAOUL-ROCHETTE, t. III, p. 416 y sig.—TIERRY, *Historia de los Galos*, 2.^a parte, cap. 2.

dica á una confederación de treinta y dos ciudades fundadas en la Tracia (1). Los de Chalcidia fueron tambien los que tuvieron la gloria de fundar en Sicilia la primera ciudad griega (2). Siguiéronse colonias dorias más considerables. Siracusa brilló entre las primeras por sus riquezas (3). Pero el funesto espíritu de division innato en los Griegos se desarrolló en las ciudades sicilianas más que en cualquiera otra parte; las disensiones intestinas y la rivalidad de los Cartagineses hicieron de la Sicilia un campo de batalla permanente: cuando sobrevino la conquista romana, una gran parte de aquella isla, tan desgraciada como fértil, estaba en ruinas.

Los poetas y los historiadores á porfía han poblado la Italia de colonias fabulosas. Cuando Roma llegó á ser la señora del mundo, la vanidad helénica discurrió modo de presentar á la Grecia como fuente de la civilizacion latina (4). Los colonos griegos, se dice, enseñaron la agricultura á los indígenas; los Pelasgos llevaron las letras á Italia; personajes mitológicos, como los hijos de Minos (5), los héroes de la edad primitiva de la Grecia, celebraron entrevistas en ella con las grandes figuras que Homero ha inmortalizado, Nestor, Filoctetes, Ulises. ¿Quién no quisiera, en medio de este diluvio de fábulas, salvar del naufragio la colonia de Idomeneo, Salento, ilustrada por el dulce genio de Fenelon? La gloria de los Helenos no necesita de estas fabulosas tradiciones. Los Dorios, los Aqueos, los Jonios, todas las tribus de la raza griega concurren á la colonizacion de la Italia (6). Estas colonias sobrepujaron en poder á los demas establecimientos fundados por los Griegos; recibieron el significativo nombre de *Gran Grecia*. Costaria trabajo creer que una sola ciudad, Sibaris, puso en pié un ejército de 300.000 hombres, si la historia no nos dijese que tenía bajo su poder cuatro pueblos inmediatos y veinticinco

(1) RAOUL-ROCHETTE, t. III, p. 198 y sig.

(2) STRAB., VI, p. 185, DIODOR., XIV, 14.—THUCYD., VI, 3.

(3) Un proverbio decia de aquellos que eran muy ricos, que no poseian la décima parte de las riquezas de los Siracusanos (STRAB., VI, p. 186).

(4) Véase RAOUL-ROCHETTE, t. I y II.

(5) HEEREN, *Hist. Ant.*, p. 191.

(6) DIODOR., XII, 9.—STRAB., VI, p. 182.

ciudades, la mayor parte de las cuales fueron fundadas, ó cuando ménos renovadas, por colonias salidas de su seno (1). El exceso de las riquezas corrompió las costumbres de los Sibaritas; su nombre llegó á ser deshonoroso, y con razon, si, como se dice, sus leyes mismas favorecian el lujo y la corrupcion (2). Otras repúblicas adquirieron más glorioso nombre. Locres y Thurium debieron su prosperidad á la sabiduría de sus legisladores. Zaleuco puso sus leyes bajo la garantía de la religion: el preámbulo sería digno de un padre de la Iglesia (3). Carondas merece un lugar distinguido entre los políticos de la Grecia; fué el único tal vez que pensó en mejorar la situacion de las clases inferiores (4). Crotona tuvo por legislador á Pitágoras. Áun cuando las doctrinas aristocráticas del filósofo no merezcan la simpatía de la democracia moderna, la historia debe decir en su elogio que las ciudades griegas, florecientes bajo la direccion de la sociedad pitagórica cayeron en una anarquía salvaje cuando se desbordaron las pasiones populares (5). La civilizacion helénica arraigó profundamente en la Gran Grecia. Los colonos, incapaces de resistir la invasion romana, conservaron, sin embargo, las costumbres y el lenguaje de su madre patria; hasta el siglo XIV no empezó á perderse en la Italia meridional la lengua de Homero; hasta nuestros dias se ha conservado cerca de Locres (6) una poblacion que hablaba el griego.

Las costas del mar jónico hasta la Iliria fueron pobladas por Corinto (7). Corcira, la más importante de estas colonias, rivali-

(1) ATHEN., XII, 20.

(2) DIODOR., XII, 29: «Los ciudadanos, dice ZALEUCCO, deben, ante todo, estar convencidos de la existencia de los dioses. La inspeccion del cielo, la magnificencia, el orden y la armonia del universo, atestiguan que no es obra del acaso ni de los hombres; es menester, pues, venerar á los dioses, tener el alma limpia de todo vicio, porque los dioses no gozan con los sacrificios suntuosos de los malos, sino con las acciones justas y honestas de los hombres virtuosos.»

(3) Quiso que todos los niños aprendiesen á leer y á escribir; los maestros debian ser retribuidos por el Estado, á fin de que los niños pobres recibiesen la misma educacion que los ricos (DIODOR., XII, 12).

(4) DION. CRYST., *Orat.*, XLIX, p. 538, B (ed. Morell).

(5) *IBID.*, *Orat.*, XLIX, p. 538, B (ed. Morell).

(6) RAOUL-ROCHETTE, t. III, p. 123.—NIEBUHR, *Historia romana*, Introduccion, p. 58.

(7) HERMANN, *Griech. Staatsalt.*, § 86.

zó en poder con su metrópoli; sus disensiones dieron origen á la funesta guerra del Peloponeso. La Tracia y la Bitinia recibieron colonos de Megara y de Chalcis. Dos ciudades fundadas en el Bósforo eclipsaron á las demas colonias por la celebridad bien diversa que adquirieron. Calcedonia (1) debe su fama á la ceguedad de sus fundadores. Consultado el oráculo por nuevos emigrantes de Megara, les respondió que debían edificar su ciudad frente á frente de los ciegos, calificando de esta manera á los primeros colonos que no habían visto la posición más magnífica del globo (2). Diríase que el dios de Delfos preveía los altos destinos de Bizancio; rival de Roma, prolongó la existencia del imperio hasta que llegó á ser el centro de una dominación que á su vez estuvo á punto de invadir el mundo y que por mucho tiempo hizo temblar á la Europa. Hoy está ocupada por una raza caída; pero su misión, si hemos de creer á ciertos utopistas (3), no ha terminado aún: la naturaleza la ha formado para ser la capital del universo.

IV.

Cuando la Grecia se extendió por las costas de los tres continentes, la emigración cesó. Las poblaciones helénicas, obligadas á concentrar sus fuerzas para resistir á la invasión de los Persas, hicieron un ensayo de unidad. Los Espartanos y los Atenieses, aspirando á la hegemonía, no pensaron más que en robustecer su poder dentro de la Grecia en lugar de extenderlo por el exterior. Entonces las colonias cambiaron de naturaleza, y se convirtieron en instrumentos de conquista. Tales fueron los establecimientos fundados por Atenas después de sus victorias sobre los Medos. Según el derecho de guerra de la antigüedad, las tierras de los vencidos eran propiedad del vencedor. Los Atenieses aplicaron á los Griegos esta dura ley; los expulsaron y distribuyeron

(1) RAOUL-ROCHETTE, III, 273.

(2) STRAB., VII, p. 221.—TACIT., *Annal.* XII, 63.—HERODOTO atribuye este dicho á Megabyzes, general de Darío (IV, 144).

(3) FOURIER.

sus tierras entre los colonos. Estas colonias tomaron el nombre de *cleruchias*. Tenían la ventaja, dice Plutarco, de desembarazar á la ciudad de una población ociosa y llena por consiguiente de perniciosa actividad; remediaban las necesidades urgentes de los pobres y formaban en el seno de los aliados de Atenas una especie de guarniciones, que les imponían respeto y contenían toda revolución (1). Hay algo de odioso en este despojo violento de unos Griegos por otros Griegos. Pasemos á las colonias militares de la Grecia.

Plutarco dice que Alejandro fundó setenta ciudades en el Asia (2). Este número ha parecido exagerado (3); sin embargo, no es posible poner en duda aquella colonización casi milagrosa, porque los testimonios de los autores antiguos están conformes con el de Plutarco (4). Por otra parte, el establecimiento de colonias griegas en Oriente era en cierto modo una consecuencia lógica de la conquista, tal como la concebía el héroe macedónico: ¿qué mejor medio había de fundir á los vencedores y á los vencidos? Alejandro tuvo imitadores en los Romanos; las colonias fundadas por la Ciudad Eterna fueron un poderoso instrumento de dominación y se convirtieron en un medio de asimilar el pueblo conquistador y las naciones conquistadas. Sin idealizar al joven vencedor del Asia, podemos atribuirle pensamientos civilizadores que no tenía la aristocracia romana. Los intereses del comercio y la propagación de la cultura helénica le preocupaban tanto como la conservación de sus conquistas, y entraron por mucho en la fundación de las ciudades que sembró en el camino de sus victorias desde el Egipto hasta la India (5). Después de la muerte de Alejandro, los veteranos del gran ejército, en número de 10.000, encontraron ventaja en hacer nuevas fundaciones en Asia (6). El primero de los Seleucidas siguió las huellas de Alejandro, y no fué culpa suya

(1) PLUTARCH., *Pericl.*, II.—BOECKH, *Economía política de los Atenieses*, t. II, p. 203-205.—WACHSMUTH, *Hell. Alterth.*, § 23, 68.

(2) *IBID.*, de *Alex. Fort.*, I, 5.

(3) SAINTE-CROIX, *Exámen crítico de los historiadores de Alejandro*, p. 97.

(4) RAOUL-ROCHETTE, t. IV, p. 106. Véase p. 133 y sig., el detalle de estos establecimientos.—DROYSSEN, *Geschichte des Hellenismus*, t. II, p. 591-651.

(5) DROYSSEN, *ib.*, t. II, p. 29, 647.

(6) RAOUL-ROCHETTE, t. IV, p. 208 y sig.

si el Oriente no fué helenizado (1). Un historiador moderno dice que los establecimientos formados por la conquista macedónica no fueron verdaderas colonias (2). Verdad es que los veteranos griegos no se establecieron en Asia, siguiendo la voz del oráculo y los sentimientos de la piedad filial; las colonias militares eran hijos sin madre; pero aún cuando su fin era la conquista, contribuyeron poderosamente á extender la civilizaci6n helénica, y llegaron á ser un lazo entre el Oriente y el Occidente.

Bajo ciertos puntos de vista aún son más notables estos últimos establecimientos de la Grecia que las primeras emigraciones. Una gran parte de las colonias asiáticas fueron separadas de la Grecia por las revoluciones que trastornaron el Oriente, lo cual no les impidió seguir siendo centros activos del helenismo. Sin embargo, la Grecia estaba en decadencia. Aquella raza admirable es verdaderamente privilegiada entre todas: en el momento de abandonar la escena del mundo tiene todavía más vitalidad que otras cuando están en la fuerza de la virilidad. ¿Cómo pudieron algunos millares de Helenos resistir á la accion absorbente de los Bárbaros en cuyo seno estaban como perdidos? El espíritu de ciudad, que los caracteriza, explica este fenómeno: la misma causa, que impidió á los Griegos conseguir la unidad, les dió una fuerza asombrosa de cohesion dentro de sus muros, y favoreció la propagacion de su civilizaci6n (3).

§ III.—Relaciones de las colonias con las metrópolis y con los indígenas.

La colonizaci6n griega es un espectáculo único en la historia. Pequeñas repúblicas, apenas perceptibles al lado de la inmensidad de los Imperios que se formaron en la antigüedad, extienden

(1) RAOUL-ROCHETTE, p. 228 y sig.—DROYSSEN (*Geschichte des Hellenismus*, t. II, p. 651-720) da el detalle de todas las ciudades fundadas en Asia por los sucesores de Alejandro.

(2) *IBID.*, t. I, p. 6.

(3) DROYSSEN, *ib.* t. II, p. 754 y sig.

su influencia por todas las partes del mundo. Cuando se buscan las causas de esta expansion de la nacionalidad helénica, es preciso admirar los medios de que la Providencia se vale para realizar sus designios. Las guerras y los disturbios civiles hicieron salir de su patria aquellos enjambres de emigrantes, destinados á ser los misioneros de la civilizaci6n; el espíritu de division, tan fatal para los Griegos aisladamente considerados, fué ocasion de inmensos progresos para el género humano, propagando el helenismo entre los Bárbaros. Las colonias forman el elemento progresivo de la Grecia; desde el punto de vista providencial, puede verse en ellas el ideal del desarrollo de la humanidad.

La colonizaci6n griega, profundamente distinta por su naturaleza de los establecimientos coloniales de los pueblos modernos, difiere igualmente de ellos por lo que se refiere á las relaciones entre las metrópolis y los emigrantes. Las colonias europeas, fundadas con un fin comercial ó político, son una dependencia de la madre patria y un elemento de su grandeza. Las causas que provocaron la emigraci6n helénica no permitian semejantes pretensiones. ¿Qué relaciones podian existir entre los Jonios expulsados por la conquista y la Grecia doria? Apenas un recuerdo del suelo nativo. Cuando las disensiones civiles obligaban á los vencidos á abandonar sus hogares, las relaciones entre los colonos y el partido vencedor no debian seguramente ser muy íntimas. Nos quedan las colonias libres fundadas á consecuencia de circunstancias accidentales, sin plan sistemático; éstas eran independientes por el solo hecho de la emigraci6n; un lazo solamente existia entre ellas y las ciudades que les habian dado origen, el sentimiento de piedad que une á los hijos con sus padres (1). Las costumbres generales manifestaban estas relaciones de los colonos con la metrópoli y perpetuaban su recuerdo. Los emigrantes tomaban el fuego sagrado en el Pritaneo de su patria (2). Llevaban consigo los dioses de sus antepasados (3); á fin de conservar esta comunión religiosa, enviaban periódicamente comisionados á ofrecer sacrificios

(1) DION. HAL., III, 7.—C. POLYB., XII, 10, 3. — Esta asimilaci6n de los colonos á los hijos existia ya entre los Fenicios. Véase el t. I de mis *Estudios*.

(2) ETYMOLOG. MAGN., v.º πρῦτανεία.—C. HEROD., I, 146.

(3) RAOUL-ROCHETTE t. I, p. 38 y sig.—DIODOR., XII, 30.

á las divinidades nacionales (1). Pero estas piadosas costumbres no impedían la completa independencia de las colonias. La filiación no imponía ninguna obligación positiva; los colonos eran hijos emancipados, iguales, no inferiores á sus padres. Los deberes generales de benevolencia eran los únicos á que estaban sometidos. El lazo de la sangre los inducía naturalmente á abrazar en las guerras el partido de sus metrópolis. Estas por su parte acudían en auxilio de sus colonias (2). La guerra era casi el estado permanente de la Grecia; entre los colonos y las metrópolis hubiera sido una especie de parricidio (3).

Comparando las relaciones de las colonias griegas y de sus metrópolis con las que existen entre Europa y sus establecimientos coloniales, creeríase que aquéllas eran el ideal. Por un lado sujeción, explotación, ódio; por otro independencia, libre desarrollo y sentimientos piadosos de familia. En apariencia la antigüedad supera infinitamente á la humanidad moderna, y comprendemos que esta ilusión haya seducido á espíritus eminentes (4). La idea de la filiación que une á los colonos y á la madre patria es una noble concepción; ha sorprendido al más gran filósofo de la antigüedad: Platon la considera como la base de las relaciones que deben existir entre las colonias y su metrópoli (5). Pero los hechos distan mucho de corresponder á la teoría. Cuando el hijo llega á emanciparse, queda subsistente el lazo de la sangre; no llega á ser nunca un extraño para la familia. En cuanto los colonos griegos habían abandonado su suelo nativo eran considerados como extranjeros; era necesario un tratado para concederles en su antigua patria el disfrute de los derechos civiles y políticos (6). Así las relaciones de los colonos con sus antepasados se designaban con el duro nombre de relaciones con los extranjeros. No podían, pues, tener mucha fuerza los deberes de piedad que la san-

(1) THUCYD., I, 34.—HERMANN, *Griech. Staatsalt.*, § 74.

(2) *IBID.*, V, 106.

(3) HEROD., VIII, 22; VII, 150; III, 19.—THUCYD., I, 38.

(4) REYNAUD, en la *Enciclopedia nueva*, en la palabra *Colonias*, t. III, página 682.—ROTTECK, *Allgemeine Gesch.*, t. I, p. 191.

(5) PLAT., *Legg.*, VI, 754, B.

(6) POLYB., XII, 9, 3, 4.—BOECKH, *Economía política de los Atenienses*, t. II, p. 207-211.

gre impone, y así es que su observancia no era muy frecuente. Ninguna razón más poderosa podía presentarse para agrupar á los colonos bajo la bandera común que el peligro de la patria, cuando la invasión de los Persas amenazó esclavizar á la Grecia y á la Europa entera; sin embargo, las colonias de Italia no respondieron al llamamiento de sus hermanos; de todas aquellas poderosas ciudades de la Gran Grecia solamente una, Crotona, envió refuerzos contra los Bárbaros (1). El primer combate naval que tuvo lugar entre los Griegos lo fué entre los de Corinto y los de Corcira, sus colonos; la metrópoli y su colonia se encontraron siempre frente á frente en los campos de batalla (2). Camarina fué destruida varias veces por su madre patria Siracusa (3).

Para explicar cómo pudo perderse hasta tal punto el recuerdo del parentesco, se dice que las colonias contenían una población mezclada de razas diversas, que la mayor parte alcanzaron rápidamente un alto grado de prosperidad y sobrepujaron en poder á su metrópoli, y que por consiguiente el olvido, el orgullo y la vanidad reemplazaron al respeto filial (4). Hay una causa más profunda, que separó á las colonias de sus metrópolis, y es el espíritu de división que por todas partes encontramos en la vida helénica. Los colonos, desde el momento en que se constituían en ciudad, entraban en el derecho común de la Grecia, la independencia y el aislamiento. Tal es la razón de la libertad de que disfrutaban y de la debilidad de los lazos que los unían á su madre patria. La independencia de las colonias griegas no era, pues, el resultado de un sistema bien entendido de relaciones entre los emigrantes y sus metrópolis; era una consecuencia del genio helénico, que separaba en lugar de unir. El deseo de dominar en los establecimientos coloniales no faltaba en las repúblicas griegas; pero carecían del poder necesario para ello. Cuando tenían fuerza suficiente trataban á sus colonos como vasallos, se arrogaban no sola-

(1) HEROD., VIII, 47.

(2) THUCYD., I, 13.—HEROD., III, 49.

(3) *IBID.*, VI, 5.—Véanse otros ejemplos de guerras entre las colonias y metrópolis en WACHSMUTH, *Hell. Alterth.*, t. I, p. 148 y sig.

(4) WACHSMUTH, § 19, t. I, p. 147.

mente el poder legislativo, sino hasta la jurisdicción y la administración; llegaban hasta imponerles tributos (1).

No es esta ciertamente la teoría de Platon; las dulces relaciones de familia se han convertido en relaciones de vencedor á vencido. El establecimiento de los emigrantes en las playas extranjeras no corresponde tampoco á la idea que quisiéramos formar de él. La colonización era una conquista; el recuerdo de estas luchas se ha perdido entre el ruido de guerras más considerables; pero quedan algunos testimonios suficientes para probar lo que las analogías históricas confirman sobradamente, que los colonos aplicaban á los indígenas la dura ley del vencedor; las poblaciones vencidas eran reducidas á servidumbre (2). Sin embargo, la conquista, á pesar de los males que ocasionó, fué un germen de progreso para el porvenir. Por su misma debilidad estaban los emigrantes interesados en captarse la benevolencia de los pueblos entre los cuales se establecían; el comercio creaba relaciones pacíficas y la civilización salía ganando. Los Griegos ejercieron sobre los Bárbaros la influencia que las naciones civilizadas ejercen siempre sobre los pueblos incultos. Pocas razas tuvieron para esta grande obra tan felices disposiciones como los Helenos. Los vicios mismos del carácter nacional ayudaron al cumplimiento de esta misión. La vanidad preservaba á los Griegos de toda mezcla de costumbres extranjeras. Su apego á la lengua y á las costumbres de la patria era excesivo: al cabo de trescientos años de destierro los Mesenios hablaban todavía el dialecto dorio en toda su pureza (3). Como los Griegos no se convertían en Bárbaros, éstos tenían que acabar por transformarse en Griegos. Los Helenos reunían cualidades que generalmente son incompatibles. A pesar de su patriótica vanidad y de su desden hacia los Bárbaros, se mezclaban con ellos. Los colonos se hacían querer de los indígenas, y se casaron con las mujeres del país. De aquí resultó una población que participaba á la vez de las cualidades de los Griegos y de los Bárbaros, y que sirvió de lazo de unión entre ambas razas. Los *Heleno-Escitas*

(1) WACHSMUTH, t. I, p. 183.—RAOUL-ROCHETTE, I, 44-49.

(2) HERMANN, *Griech. Staatsalt.*, § 75.—MÜLLER, *Die Dorier*, II, 55.

(3) PAUSAN., IV, 27, 11.

fueron los intermediarios de la cultura helénica y de la barbarie; el nombre de Anacársis demuestra que no eran indignos de sus padres. Los *Siceliotas* eran tan civilizados como los habitantes de Grecia. De este modo penetraba la cultura griega en el mundo bárbaro (1).

Las colonias no fueron únicamente un instrumento en manos de la Providencia para la educación de los pueblos bárbaros; fueron además un elemento de progresión en el desarrollo de la vida helénica. Si los emigrantes conservaban en general las instituciones de su patria, no llevaban consigo las circunstancias físicas y sociales que las habían producido; colocados bajo otro cielo, en otro medio y gozando de absoluta independencia, desarrollaron ideas y sentimientos nuevos á lo cual contribuía el movimiento mismo de la emigración. Mientras la madre patria seguía encadenada al pasado, aparecían entre los colonos los principios del porvenir (2); la filosofía nació entre los Griegos del Asia Menor. Estos progresos no quedaron concentrados en los establecimientos coloniales; se transmitieron á la Grecia y al mundo entero por medio de las relaciones comerciales, á las cuales las colonias dieron un poderoso impulso.

(1) CURTIUS, *Griechische Geschichte*, t. I, p. 377 y sig.

(2) HEEREN, *Ideen*, t. II, p. 26 y sig. (traduc. franc.).—LUDEN, *Allgemeine Geschichte*, t. I, p. 229.—LEO, *Universalgeschichte*, t. I, p. 181 y sig.